

FANATISMO RADICAL

Con motivo de haber contratado el gobierno para la Universidad Nacional un profesor suizo que debe dar conferencias filosóficas y de prolegómenos de historia, el *Diario de Cundinamarca* pone los gritos en el cielo, y declara que este “es el mas rudo golpe que el señor Núñez en cumplimiento de sus deberes confidenciales para con el partido conservador pretende asestar a aquél de quien he desertado”.

He aquí una muestra característica del fanatismo radical, retrógrado, infalibilista a su modo, en provecho de miserable secta, frenético en su lenguaje, tiránico en las obras.

No tenemos el gusto de conocer personalmente al nuevo profesor, pero por informes que juzgamos exactos, sabemos que él, ni por su religión ni por sus especiales doctrinas filosóficas, pertenece propiamente al catolicismo. El señor Roethlisberger es calvinista; en filosofía es espiritualista de la escuela de Cousin y de Janet.

La primera condición que exige el fanatismo radical en un profesor universitario es que no sea católico. El nuevo profesor no es católico, pero esto solo no satisface al fanatismo radical..

El nuevo profesor es espiritualista, y el fanatismo radical quiere que todo profesor de filosofía sea materialista, por más que filosofía materialista sea una antinomia.

El nuevo profesor no se llama Rojas Garrido, ni tiene, que sepamos, el cargo de grande inquisidor en las logias masónicas, y estas y otras circunstancias semejantes constituyen para el fanatismo radical un *sine qua non*...

El nuevo profesor, cualesquiera que sean sus opiniones, se ha acostumbrado, por la educación que ha recibido, a respetar las ajenas; estudia y medita las obras de los grandes pensadores; y aquí, según el fanatismo radical, no ha de haber más que la férula siempre alzada y el martillo inexorable del pedagogo utilitarista.

Se comprende—dice el *Diario de Cundinamarca*— que del extranjero se traigan mecánicos, físicos, matemáticos, etc., etc.; pero profesores de historia y de filosofía, sólo se le ha ocurrido al campeón de la confusión de ideas.

No comprendemos por qué hemos de tener los colombianos, o por qué han de tener los radicales, el privilegio de ser ignorantes en matemáticas, ciencias físicas, etc. etc., y al mismo tiempo sapientísimos, infalibles en filosofía.

El movimiento de la civilización es solidario y uniforme, en lo especulativo y en lo práctico. Hemos visto entre nosotros fracasar empresas como la fábrica de ácido sulfúrico, por su aislamiento, por la falta de artes e industrias auxiliares, y del mismo modo los estudios corren paralelamente, mutuamente se ilustran, y juntamente progresan.

Es verdad que ciertos principios fundamentales no cambian, que las verdades morales son inmutables, que los hechos históricos no son materia de mudanzas caprichosas. El catolicismo es tan antiguo como el mundo. El epicurismo es doctrina viejísima. En cierto sentido nada hay nuevo bajo el sol. Pero éste no es el punto. Tampoco cambian paralelamente las leyes físicas, y no por eso deja de haber variedad y progreso en el modo de aprovechar las fuerzas de la naturaleza.

La forma de enseñar cosas que no cambian; es una ciencia que puede progresar, y progresa. No basta conoer una materia, es menester saber cómo se estudia y aplic, cuáles son de sus fases las que más llaman actualmente la atención, cuáles los autores más acreditados, qué investigaciones se siguen, qué libros se han publicado sobre ta es o cuales puntos importantes. No basta una instrucción de viada y desorientada, para entrar en el concierto de la civilización.

Uno de nuestros filósofos infalibles, que no conocen sino ciertos librillos y fórmulas rutinarias, ¿qué ha ía por ejemplo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia, si oyese allí una discusión sobre cualquier tema contemporáneo? Sospechamos que le sucedería lo que al

que asiste a una reunión sin saber el idioma de los co-tertulios.

El fanatismo radical es una parodia grotesca de iglesia infalible. Tiene sus pontífices infalibles y sus libros canónicos.

Los señores Rojas Garrido y Francisco Eustaquio Alvarez son los maestros de la doctrina, y el *Tratado de legislación* por Bentham y la *Lógica* de Tracy, pésimamente traducida por un catedrático molondro de Salamanca (no de aquella que fue *madre de virtudes y de ciencias*, sino de la miserable Salamanca del reinado de Carlos IV), sus libros canónicos.

¡Que traigan mecánicos, matemáticos, etc.; pero que nadie atente contra estos fetiches del radicalismo intolerante?

En años anteriores el citado señor doctor Francisco Eustaquio Alvarez encargó a un amigo suyo, que estaba en Europa, le enviase una buena edición de la *Filosofía* de Tracy. El amigo no halló el libro en ninguna librería, pues es obra que hoy nadie lee, y por lo mismo nadie se cuida de reimprimirla; no pudo hallarla ni en puestos de libros viejos, a orillas del Sena.

Pero no por esto se desengañan estos fanáticos señores porque el fanatismo es naturalmente ciego; y siguen creyendo en el doctor Trácy, como los fanáticos secuaces el doctor Perdomo seguían creyendo en él después de la muerte del desgraciado Sabogal. Ni se trata de averiguar la verdad, sino de que todos repitamos de coro, "bien es placer", pensar es sentir", como la pobre mujer que por obedecer a un capricho de su marido y reconocer su autoridad, había de estar diciendo: "Gracias a Dios que ya almorzamos". No se trata sino de esclavizar a las inteligencias jóvenes con fórmulas perentorias; no se quiere sino fundar sobre una parodia absurda y una fraseología fósil, el reinado, no diremos de la razón que abraza el error, que esto sería honrar demasiado a la secta, sino de una terquedad ciega e insolente.

Claro está que no abogamos aquí la causa personal del profesor Roethlisberger, a quien no tenemos el honor de

conocer, ni defendemos sus teorías filosóficas. Hemos tomado la pluma para esgrimirla contra esos resabios insufribles de fanatismo radical, a nombre de la ilustración y la tolerancia propias de gentes civilizadas.

El Conservador, Bogotá, Año I Serie IV, núm. 72
18 de febrero de 1882, pág. 286.